

### **3º. Domingo de Pascua. Año A**

#### **Lectio divina Lc 24,13-35**

---

El camino de los dos discípulos a Emaús ejemplariza el 'iter' de fe a recorrer por aquellos que no vieron personalmente al Resucitado y tuvieron que acudir a la mediación eclesial para llegar a la experiencia pascual. Como todos nosotros. Alejándose de Jerusalén, abandonaban para siempre las ilusiones que les habían nacido en el seguimiento de Jesús y que se acrecentaron en las últimas semanas en Jerusalén; la muerte cruenta del Maestro había sepultado su fe y el entusiasmo por su causa. El desconocido que se les hace contradictorio, no sabe, al parecer, nada de ello; informándole de lo sucedido, le informan de su desilusión y de su pena; Jesús no pierde tiempo y les esclarece el sentido de cuanto ha ocurrido en esos días, abriéndoles a la comprensión del plan de Dios. Atardecía ya el día lo mismo que su fe, pero se atrevieron a ofrecerle hospitalidad, y al compartir mesa y pan en casa, como antes pena y Escritura por el camino, reconocen a su Señor. Una vez que saben que vive, recuerdan cómo les ardía el corazón en su presencia y vuelven, esa misma jornada, a la comunidad: le deben su experiencia y su fe. Quien ha visto al Señor vivo vive en común su experiencia.

---

**Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.**

Él les dijo:

-« ¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino? »

Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó:

-«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?»

Él les preguntó:

-«¿Qué?»

Ellos le contestaron:

-«Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.»

Entonces Jesús les dijo:

-« ¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?»

Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura.

Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo:

-«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída.»

Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció.

Ellos comentaron:

-«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»

Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo:

-«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.»

Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

---

#### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

Tras el descubrimiento de la tumba vacía por parte de las mujeres y el primer anuncio, no creído, de la resurrección de Jesús (24,1-11), Lucas nos recuerda, caso único en la tradición evangélica, el episodio de Emaús. No hay que pasar por alto la situación que le sirve de punto de partida: Jesús ya está vivo, pero los suyos no se lo pueden creer; empeñados en encontrarlo entre los muertos, se sorprenden al encontrar abierta y vacía su tumba; nadie se toma en serio el testimonio de unas mujeres con vocación de sepultureras (24,1.6.9.11).

El relato, uno de los más logrados de todo el NT, tiene una estructura formal fácil de descubrir: se abre la narración con la presentación de los personajes, camino de Emaús, y la datación del hecho en el día de Pascua (24,13-14). Durante el viaje

---

conversan sobre lo sucedido en Jerusalén (24,15-29): al hacer aparición un desconocido, el diálogo domina el relato (24,17-27.29b); con ello, el narrador cede la palabra a sus personajes: identifica su mensaje con la conversación de los caminantes; no basta con saber sobre lo sucedido en Jerusalén, si no se sabe verlo a la luz del plan de Dios. Llegados a Emaús, y ya en casa, durante la cena (24,30-32), reconocen a quien les parte el pan, que desaparece inmediatamente: un gesto 'sin comentarios' les recuerda a su Señor y el pan repartido abre los ojos que no abrió su presencia ni las Escrituras explicadas. Se cierra el episodio brevemente, narrando el regreso a Jerusalén de dos nuevos testigos (24,33-35): el encuentro con el Señor Resucitado ha de terminar reencontrando a la comunidad de testigos.

La incredulidad aleja de Jerusalén a dos de esos discípulos; el camino hacia Emaús se lo pasan conversando sobre cuanto había ocurrido en Jerusalén: cuanto más hablan tanto más se alejan, efectiva y afectivamente, de Jerusalén y de cuanto allí había ocurrido. Testigos de todo lo sucedido no podían aún ser testigos del Resucitado.

Jesús, aun sin reconocer, comparte camino con ellos porque quiere entrar en su conversación: se ocupa de cuanto les estaba preocupando (24,15). No le reconocieron, porque no podían: sus ojos estaban incapacitados (24,16): ¿cómo es posible que quienes tanto sabrán contar sobre Jesús (cf 24,18-24) no lograran saberse junto a él? Ojos que le vieron vivo y le saben muerto no bastan para creerle resucitado; tendrán que ver algo más, de nuevo (cf 24,31).

El desconocido parece no conocer el tema de conversación pero se da cuenta de que la tristeza embarga a sus contertulios (24,17). Su ignorancia resulta inexplicable a Cleofás (24,18), que toma la palabra y le informa: Jesús de Nazaret, a quien habían creído auténtico hombre de Dios (24,19), había sido ajusticiado (24,20); su muerte había sepultado toda esperanza (24,21). Ciertamente, algunas mujeres iban por ahí diciendo haber encontrado su tumba vacía... (24,22-23). Pero nadie aún le ha visto vivo; y es que nadie puede creérselo (24,24).

Por no ver lo sucedido a la luz del querer divino, protesta el desconocido, no entienden con el corazón lo que saben decir con la boca (24,25). Y continuando el viaje hacia Emaús, les hace recorrer un nuevo camino a través de las Escrituras; en ellas estaba ya predicho el destino de Jesús, su vía de pasión y su camino de gloria (24,27). Llegados a Emaús, con una nueva inteligencia de lo sucedido y con un corazón nuevo (cf 24,32), invitan al desconocido acompañante a quedarse con ellos: el día ha declinado (24,29). Jesús, aún desconocido, no puede dejarles solos, pues aún no lo han reconocido. El caminante se hace huésped (24,30a); el compañero de camino, comensal (24,30b): el pan bendecido y repartido es el gesto que les abre los ojos y el corazón: ¡quién sino su Señor podría repartirles el pan bendito (24,31)!

Una vez identificado, el Resucitado desaparece; saberlo vivo hace innecesaria su presencia. Pero los que lo saben deben volver, de noche y con prisas, a la ciudad que había sido la tumba de su fe y a la comunidad que habían abandonado (24,33): allí, cuando se les reciba, recibirán el anuncio de la fe común: "Realmente resucitó el Señor y se apareció a Simón" (24,34).

## II. **MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida**

El texto evangélico, una de las páginas más bellas de toda la Biblia, ofrece un retrato de nuestra vida cristiana de sorprendente actualidad. Todos podemos vernos algo representados en aquellos dos discípulos que, en el mismo día de la Resurrección, *cuando ya Jesús estaba vivo y se había dejado ver de algunos, regresaban desilusionados a sus casas y a las ocupaciones de antes*. Su sensación de fracaso, la desilusión que les dominaba mientras caminaban solos y sin esperanza, es símbolo de *la situación actual* de muchos cristianos hoy: *hemos celebrado el triunfo de Jesús sobre la muerte, sabemos que vive para siempre junto a Dios, creemos que está ya intercediendo a nuestro favor y preparándonos nuestra morada; y sin embargo, seguimos ocupándonos en multiplicar nuestros temores, en acrecentar nuestras dudas, en alimentar nuestra desilusión*.

Como aquellos dos discípulos de Emaús, *llevamos la tristeza en el corazón y la tiniebla en los ojos*, porque la vida, y me refiero a la vida cristiana, no nos ha satisfecho todas las esperanzas que nos hicimos cuando decidimos seguir a Jesús, y porque la muerte se nos ha acercado demasiadas veces, tantas como para vivir ya temiéndola siempre. Nos resulta tan fácil comprender a esos dos discípulos que, desengañados de Jesús, al que daban por muerto, volvían a su hogar y a sus ocupaciones familiares, porque así disculpamos mejor nuestro cansancio en la vivencia diaria de la fe y nuestro abandono de su seguimiento.

Bien mirado, no está nada mal que nos reconociéramos en esos dos discípulos apenados. Ya que, entonces, podríamos alimentar la esperanza de que el Resucitado está por acercárenos para convertírenos por un tiempo en compañero de camino. No nos haría falta reconocerle de inmediato para sentir arder nuestro corazón de nuevo, como sucedió a los de Emaús; bastaría con comprender que cuanto nos ha acontecido en la vida y cuanto está aún por sucedernos, responde a un plan previsto y querido por Dios. Esforzándonos por entender nuestra vida y la suya a la luz de la Palabra de Dios, nos serán posibles la alegría y la paz y el regreso a la vida común y al testimonio.

Y es que, como aquellos discípulos, también nosotros *podemos pasarnos horas hablando de Jesús, sin sentirnos apenas entusiasmados por él*; como ellos, sabemos contar su vida y milagros, sin que ello cuente realmente en nuestra vida. Es esperanzador que el Resucitado, ayer en Emaús y hoy con nosotros, no exija ser reconocido para empezar acompañarnos: ni se desanima por nuestros desánimos ni nos abandona cuando le estamos abandonando; no le importa que seamos lentos para entender o fríos de corazón: si le damos una oportunidad, volverá a acercarse a

nosotros y, explicándonos lo que no entendimos, nos devolverá el entusiasmo perdido y la fe. *Si el Resucitado acompaña a quien lo está dejando, tenemos entonces razones para esperar que un día se nos haga el encontradizo y nos vuelva a entusiasmar.*

Sin reconocerlo todavía, aquellos discípulos se atrevieron a invitarle a que permaneciera con ellos. Atardecía el día y su fe aún no despertaba; pero ofrecieron su casa al desconocido, compartieron mesa y pan con quien habían compartido, camino y conversación; y mientras cenaba con ellos, al partir el pan, se dieron cuenta que su invitado era su Señor: el caminante desconocido era en realidad Jesús Resucitado. Lo habían visto, era verdad que estaba vivo. Ayer como hoy, la eucaristía, convivencia casual entre viandantes y memoria obligada del Señor por conocer, es lugar privilegiado del reconocimiento del Resucitado: para saberle vivo ya y ahora vecino, no hacen falta más saberes que el de compartir su mesa y recibir su pan.

Saberlo vivo hizo innecesaria su presencia: la experiencia del Resucitado no es un instante para disfrutar, sino una convicción que proclamar. Reconocido, Cristo se vuelve invisible: saberlo vivo es más decisivo que tenerlo a la mano; presentir su presencia hace inútil sufrir por su ausencia. Quien, una vez tan siquiera, se haya encontrado con el Resucitado, y por más apenado y desorientado que se hubiera sentido, no podrá dejar de recordar siempre su buena ventura: caminar con Jesús llena de calor el corazón y comprensión de los caminos de Dios la mente de sus compañeros.

Puesto que no pudieron callar su gozo ni silenciar su experiencia común, volvieron, entrada la noche, a Jerusalén para comunicar a los hermanos su maravillosa aventura. De ella podemos hoy entresacar las etapas básicas del itinerario que deberíamos recorrer, si deseamos recuperar la certeza de que Cristo vive y el gozo de saberle junto a nosotros.

1. Los de Emaús no dejaron pasar de largo al compañero de camino, por más desconocido que les resultase: *le ofrecieron su hogar y alimento.* Aunque con ello no hacían nada fuera de lo ordinario, vivieron lo extraordinario: su invitado resultó ser su Señor. *¡Quién sabe si nos perdemos a Dios, no ya porque no lo oímos suficientemente, ni porque no logremos reconocerle mientras camina a nuestro lado por la vida, sino tan sólo por no atrevemos a hospedarle en nuestra casa; por no hacerle un sitio en nuestra vida de familia, por no ofrecerle nuestro hogar y nuestra intimidad, Jesús sigue pasando de nosotros.* Debería hacernos pensar que Jesús no se dio a conocer en el camino, mientras explicaba las Escrituras, sino en casa, alrededor de una mesa: la lección es evidente; roguemos a Dios que se quede con nosotros, pidámosle que no anochezca sobre nuestras casas y nuestra fe sin que Él comparta mesa con nosotros. Y es que *jamás podrá reconocer a Dios quien no le ha permitido entrar en su intimidad, en su hogar, en su familia, en su hogar; para conocer a Dios, hay que invitarle a que pase por nuestra vida y rogarle que se quede con nosotros.* ¿O es que no está atardeciendo?
2. Los de Emaús reconocieron a Jesús en su huésped '*al partir el pan*'. Mantuvieron lento el corazón y cerrada la inteligencia hasta que vieron el gesto propio de Jesús: la distribución del pan les hizo salir de su ignorancia y recuperaron el entusiasmo de la fe; lo recordaban muy bien, porque fue lo último que había hecho con ellos antes de morir; supieron entonces que su maestro vivía realmente; nadie como él sabía bendecir y partir el pan, antes de ofrecérselo. *Mientras haya quien, en su nombre y por su orden, nos parta el pan bendito, Jesús seguirá mostrándose vivo a los suyos, abriéndoles los ojos a la inteligencia y llenando de fervor sus corazones: basta ver cómo parte el pan ante nosotros para no poder dudar de que está entre nosotros. Quien no quiera perderse a Cristo Resucitado, no deberá perderse el momento cuando Cristo reparte su pan.*
3. Los de Emaús, una vez supieron que vivía su Señor, *volvieron a Jerusalén*: abandonaron la cena sin acabar y su casa sin habitarla. No quisieron dormir esa noche hasta que todos conocieran lo ocurrido: quienes se habían alejado, desengañados de todo, regresaron a toda prisa para contar su experiencia. Nadie que ha visto una vez al Señor puede callárselo: quien sabe que Jesús vive, porque ante él ha partido el pan, no tiene más remedio que compartir su experiencia con todos los agraciados; y ello *obliga a vivir en común la propia fe; el hogar del testigo del Resucitado no es su propia casa, sino la comunidad cristiana.* Empeñarse en ser cristiano por libre o en la más estricta intimidad es arriesgarse a perder de vista a Cristo y dejar de saberle vivo. Ni más ni menos.

No nos quejemos, pues, de no haber visto al Señor; no tendremos ningún derecho a sentirnos por él defraudados, si aún no hemos recorrido personalmente nuestro camino de Emaús. Jesús, y éste Resucitado, puede estar esperándonos en cualquier camino para hacérsenos encontradizo, explicarnos la Escritura y devolvernos la fe y en ánimo. Pero no lo olvidemos: hasta que no volvamos a la comunidad y al testimonio, encantados con Jesús, no sabremos realmente que lo hemos encontrado.

### **III. ORAR: desear que se realice en mi lo que he escuchado**

Dame, Señor, un compañero de camino que comparta la desilusión y el cansancio, que mi vida de seguimiento me ha producido. Tu cruz sigue sepultando mi fe primera. Dame, Señor, un confidente para ir con él hacia Emaús... y que me encuentres en el camino. Me sobran, lo sé, saberes sobre ti y no logro saberte conmigo. Explícame de nuevo tu vida y el proyecto de Dios, léeme las Escrituras y abre mi corazón, antes que mis ojos, a tu Palabra.

Sólo así lograré, ya atardecido el día de tu Resurrección, invitarte, aún sin conocer, a mi casa y hacerte comensal a mi mesa. Sólo así, te reconoceré cuando, en mi hogar, bendigas y repartas el pan. Verte presidiendo mi mesa y mi vida, verte dándome a comer tu pan y tu vida, me hará saberte vivo. Y viviré para decir mi gozo y tu vida a todos. Y volveré a la vida común con un corazón que arde y unos ojos que te han visto y no te pueden olvidar.